

Prólogo

(año 2432 solstan)

Estimado visitante:

Bienvenido al sistema Epsilon Eridani.

A pesar de todo lo sucedido, esperamos que disfrute de su estancia. Hemos recopilado en este documento la información necesaria para explicarle algunos de los acontecimientos clave de nuestra historia reciente. Con esta información pretendemos facilitarle la transición a una cultura que puede ser notablemente diferente de la que usted esperaba encontrar al embarcar en su punto de origen. Es importante que sea consciente de que otros han llegado antes que usted. Sus experiencias nos han ayudado a diseñar este documento de forma que el impacto del ajuste cultural sea mínimo. Hemos descubierto que los intentos de encubrir o subestimar la verdad de lo sucedido (de lo que todavía sucede) suelen resultar dañinos a largo plazo; tras realizar un estudio estadístico de casos como el suyo, hemos constatado que el mejor enfoque consiste en presentar los hechos de la manera más abierta y honesta posible.

Somos totalmente conscientes de que su primera reacción será la incredulidad. Después, probablemente sentirá ira y, finalmente, entrará en un prolongado estado de negación de la realidad.

Es importante comprender que se trata de reacciones normales.

Resulta igual de importante comprender, incluso en esta primera etapa, que llegará un momento en el que se adapte y acepte la verdad. Puede que le lleve días; incluso puede que le lleve semanas o meses, pero éste será el resultado en todos salvo en una minoría de los casos. Puede que incluso vuelva la vista atrás hacia este momento y desee haber sido capaz de hacer la transición y adaptarse más rápido de lo que lo hizo. Entonces sabrá que sólo una vez completado este proceso podrá aspirar a algo parecido a la felicidad.

Empecemos, pues, el proceso de ajuste.

Debido al límite fundamental de la velocidad de la luz para la comunicación dentro de la esfera del espacio colonizado, las noticias procedentes de otros

sistemas solares son inevitablemente antiguas. Sus percepciones sobre el mundo principal de nuestro sistema solar, Yellowstone, seguramente estarán basadas en información no actualizada.

Sin duda, durante más de dos siglos (de hecho, hasta un pasado muy reciente) Yellowstone estaba inmerso en lo que la mayoría de los observadores contemporáneos llaman su *Belle Époque*. Era una edad dorada sin precedentes, tanto desde el punto de vista social como del tecnológico; nuestro patrón ideológico era considerado por todos como un sistema casi perfecto de gobierno.

Desde Yellowstone se impulsaron con éxito numerosas empresas, incluyendo colonias dependientes en otros sistemas solares y ambiciosas expediciones científicas a los límites del espacio humano. Dentro de Yellowstone y en su Anillo Brillante se llevaban a cabo visionarios experimentos sociales, como el polémico, aunque pionero, trabajo de Calvin Sylveste y sus discípulos. Grandes artistas, filósofos y científicos florecían en la atmósfera de innovación protegida de Yellowstone. Se experimentaba sin temor con las técnicas de aumento neuronal. Otras culturas humanas decidieron tratar con suspicacia a los Combinados pero nosotros, los Demarquistas, sin miedo a los aspectos positivos de los métodos de mejora mental, establecimos relaciones de amistad con los Combinados que nos permitieron explotar sus tecnologías al completo. Los motores de sus naves estelares nos permitieron colonizar muchos más sistemas que las culturas que suscribían modelos sociales inferiores.

Lo cierto es que fueron tiempos gloriosos. Probablemente ése era el orden de cosas que esperaba encontrar a su llegada a nuestro mundo.

Desgraciadamente, todo ha cambiado.

Hace siete años algo le sucedió a nuestro sistema. Todavía no sabemos con certeza cuál fue el vector de transmisión, pero es muy posible que la plaga llegara a bordo de una nave, quizá en forma latente, y que la tripulación que la transportaba no lo supiera. Incluso puede que llegara años antes. Parece poco probable que algún día conozcamos la verdad; demasiadas cosas han quedado destruidas u olvidadas. La plaga borró o corrompió una gran parte de nuestra historia planetaria almacenada en formato digital. En muchos casos solo permanece intacta la memoria humana... y la memoria humana no carece de sus fallos.

La Plaga de Fusión atacó el núcleo de nuestra sociedad.

Illegados a este punto y basándonos en nuestra experiencia previa, sabemos que su reacción más probable será pensar que este documento es un bulo. Nuestra experiencia también nos ha demostrado que negar esta suposición acelera el proceso de ajuste en un factor pequeño, aunque estadísticamente satisfactorio.

Este documento no es un bulo.

La Plaga de Fusión ha ocurrido de verdad y sus efectos son mucho peores de lo que usted pueda imaginarse en estos momentos. Cuando se manifestó la plaga, nuestra sociedad estaba sobresaturada de trillones de diminutas máquinas. Eran objetos que nos servían sin pensar ni rechistar, dadores de vida y transformadores de materia; a pesar de todo esto, casi ni pensábamos en ellos. Pululaban incansables por nuestra sangre. Trabajaban sin cesar en nuestras células. Coagulaban nuestros cerebros para unirnos a todos en la red Demarquista de toma de decisión semi-instantánea. Nos movíamos a través de entornos virtuales tejidos mediante la

manipulación directa de los mecanismos sensoriales del cerebro, o escaneábamos y transmitíamos nuestras mentes mediante sistemas informáticos veloces como el rayo. Forjábamos y esculpíamos la materia a escala planetaria; escribíamos sinfonías a partir de la materia; hacíamos que bailara a nuestro antojo como un fuego domesticado. Solo los Combinados habían conseguido dar un paso más allá en su camino a la divinidad... y algunos decían que nosotros no les andábamos muy a la zaga.

Las máquinas creaban nuestras ciudades-estado orbitales a partir de la roca y el hielo, y después conseguían insuflarle vida a la materia inerte dentro de sus biomas. Las máquinas pensantes regían aquellas ciudades-estado y guiaban los diez mil hábitats del Anillo Brillante en su curso alrededor de Yellowstone. Las máquinas hicieron de Ciudad Abismo lo que era; le dieron forma a su arquitectura amorfa hasta dotarla de una belleza fabulosa y fantasmagórica.

Todo eso ha desaparecido.

Fue peor de lo que piensa. Si la plaga solo hubiera matado a nuestras máquinas habrían muerto millones de personas, pero la catástrofe hubiera sido manejable, algo de lo que sería posible recuperarse. Pero la plaga fue más allá de la simple destrucción y se adentró en un campo mucho más cercano al arte, aunque a un arte excepcionalmente pervertido y sádico. Hizo que nuestras máquinas evolucionaran de forma incontrolada (o al menos, fuera de nuestro control) y buscaran extrañas y novedosas simbiosis. Nuestros edificios se convirtieron en pesadillas góticas y nos atraparon antes de que pudiéramos escapar de sus letales transfiguraciones. Las máquinas de nuestras células, de nuestra sangre y de nuestras cabezas comenzaron a romper sus cadenas... se mezclaron con nosotros y corrompieron la materia viva. Nos convertimos en relucientes fusiones larvarias de carne y máquina. Cuando enterramos a los muertos, estos siguieron creciendo, extendiéndose y uniéndose, fundiéndose con la arquitectura de la ciudad.

Fueron tiempos de horrores.

Todavía no han acabado.

Aun así, como cualquier plaga realmente eficaz, nuestro parásito procuró no matar a toda su población anfitriona. Murieron decenas de millones... pero otras decenas de millones alcanzaron algún tipo de santuario, escondiéndose en enclaves sellados herméticamente dentro de la ciudad o en órbita. Sus medimáquinas recibieron órdenes de destrucción de emergencia y se convirtieron en polvo que los cuerpos expulsaban de forma inocua. Los cirujanos trabajaron frenéticamente para arrancar los implantes de las cabezas antes de que los rastros de la plaga los alcanzaran. Otros ciudadanos, demasiado unidos a sus máquinas como para renunciar a ellas, buscaron otra vía de escape por medio del sueño frigorífico. Eligieron ser sepultados en criocriptas comunitarias selladas... o dejar el sistema definitivamente. Mientras tanto, decenas de millones de personas llegaron a Ciudad Abismo desde su órbita huyendo de la destrucción del Anillo Brillante. Aunque estas personas habían sido de las más ricas del sistema, en aquellos momentos eran tan pobres como cualquier refugiado en la historia de la humanidad. Lo que encontraron en Ciudad Abismo no les sirvió de mucho consuelo...

-Extracto de un documento de introducción para recién llegados, de libre acceso en el espacio alrededor de Yellowstone, 2517.

1

Caía la oscuridad cuando Dieterling y yo llegamos a la base del puente.

—Hay algo que debes saber sobre Vásquez Mano Roja —dijo Dieterling—. Nunca lo llames así a la cara.

—¿Por qué no?

—Porque se cabrea.

—¿Y eso es un problema?—Frené nuestro rodador y después lo aparqué en medio de una variada ristra de vehículos colocados a un lado de la calle. Solté los estabilizadores; la turbina recalentada olía a cañón de revólver recién disparado—. No es que nos preocupemos mucho por los sentimientos de la chusma —dije.

—No, pero esta vez puede que sea mejor pecar de precavidos. Puede que Vásquez no sea la estrella más brillante del firmamento criminal, pero tiene amigos y cierto gusto por el sadismo extremo. Así que pórtate bien.

—Lo fulminaré con mi simpatía.

—Sí... y haz el favor de no derramar demasiada sangre en el proceso, ¿vale?

Salimos del rodador y los dos tuvimos que estirar el cuello para poder abarcar todo el puente. No lo había visto antes de aquel día (era la primera vez que estaba en la Zona Desmilitarizada, por no hablar de Nueva Valparaíso) y ya parecía absurdamente grande a quince o veinte kilómetros de la ciudad. Cisne se estaba hundiendo en el horizonte, hinchado y rojo salvo por un destello caliente cerca del corazón, pero la luz bastaba para observar el cable del puente y vislumbrar de vez en cuando las diminutas cuentas de los ascensores que subían y bajaban por él en el espacio. Incluso en aquellos momentos me preguntaba si no sería demasiado tarde, si Reivich ya habría logrado subir a uno de los ascensores; pero Vásquez nos había asegurado que el hombre al que perseguíamos seguía en la ciudad, simplificando su red de posesiones en Borde del Firmamento y trasladando fondos a cuentas a largo plazo.

Dieterling caminó hasta la parte de atrás del rodador (con sus segmentos superpuestos de armadura, el vehículo monorrueda parecía un armadillo enrollado) y abrió el diminuto compartimento de equipaje.

—Mierda. Casi se me olvidan los abrigos, tío.

—Lo cierto es que tenía la vaga esperanza de que se te olvidasen.

Me tiró uno.

—Póntelo y deja de quejarte.

Me metí en el abrigo, intentando adaptarlo a las capas de ropa que ya llevaba encima. El dobladillo del abrigo rozaba los charcos de lluvia fangosa de la calle, pero así era como les gustaba llevarlo a los aristócratas, como si retaran a los demás a pisarles los faldones de los abrigos. Dieterling se puso su propio abrigo y comenzó a manosear las opciones de diseño estampadas en la manga, frunciendo el ceño ante cada propuesta del sastre.

—No, no... No. Dios, no. No de nuevo. Y esto tampoco me vale.

Alargué un brazo y presioné una de las etiquetas.

—Ya está. Estás deslumbrante. Ahora cállate y pásame la pistola.

Yo ya había seleccionado un tono color perla para mi abrigo, un color que esperaba ofreciera poco contraste de fondo para la pistola. Dieterling sacó la pequeña arma de un bolsillo de la chaqueta y me la ofreció, como si me estuviera pasando un paquete de cigarrillos.

La pistola era diminuta y semitranslúcida, con una neblina de pequeños componentes visibles bajo sus suaves superficies de Lucite.

Era una pistola de cuerda. Estaba totalmente fabricada en carbono (sobre todo diamante), pero tenía algunos fullerenos para lubricación y almacenamiento de energía. No tenía ni metales ni explosivos; tampoco circuitos. Solo intrincadas palancas y ruedas engrasadas mediante esferas de fullereno. Disparaba dardos estabilizados direccionalmente que sacaban su potencia de la relajación de muelles de fullereno arrollados casi hasta su punto de ruptura. Le dabas cuerda con una llave, como a un ratón de juguete. No había dispositivos para apuntar, ni sistemas estabilizadores ni ayudas para la adquisición de blanco.

Nada de aquello importaba.

Deslicé la pistola en el bolsillo de mi abrigo, convencido de que ninguno de los peatones había visto el intercambio.

—Te dije que te buscaría algo con estilo —dijo Dieterling.

—Servirá.

—¿Servirá? Tanner, me decepcionas. Es un objeto de belleza intensa y diabólica. Incluso estoy pensando que puede ofrecer claras posibilidades para la caza.

Típico de Miguel Dieterling, pensé; siempre encontraba la perspectiva del cazador en cualquier situación.

Me esforcé por sonreír.

—Te la devolveré de una pieza. Si no, ya sé qué regalarte para Navidad.

Comenzamos a andar hacia el puente. Ninguno de los dos había estado antes en Nueva Valparaíso, pero no importaba. Como ocurría en casi todas las ciudades grandes del planeta, había algo profundamente familiar en su trazado básico, incluso en los nombres de las calles. La mayoría de nuestros asentamientos se organizaban en torno a una disposición deltoidea de calles, con tres avenidas principales que se alargaban desde los ápices de un triángulo central de unos cien metros de lado. Este núcleo solía estar rodeado por una serie de triángulos sucesivamente mayores, hasta que el orden geométrico se erosionaba en un enredo

de barrios aleatorios y zonas reorganizadas. Lo que se hiciera con el triángulo central dependía del asentamiento en cuestión y normalmente también del número de veces que la ciudad hubiera sido ocupada o bombardeada durante la guerra. Solo en raras ocasiones quedaba algún rastro de la lanzadera de alas delta alrededor de la que había nacido el asentamiento.

Nueva Valparaíso había comenzado así y sus calles tenían los nombres de siempre: Omdurman, Norquinco, Armesto, etc... Pero el triángulo central estaba ahogado bajo la estructura de la terminal del puente, que suponía tal ventaja para ambos bandos que había logrado permanecer intacto. Con trescientos metros a cada lado, se erguía brillante y negro como el casco de un barco, pero incrustado y cubierto de hoteles, restaurantes, casinos y burdeles en los niveles inferiores. Pero aunque el puente no hubiera sido visible, la calle en sí dejaba claro que nos encontrábamos en un barrio antiguo, cerca del lugar de aterrizaje. Algunos de los edificios consistían en contenedores apilados uno sobre otro, cada uno de ellos atravesado por ventanas y puertas, y después adornados con las filigranas de dos siglos y medio de caprichos arquitectónicos.

—Eh —dijo una voz—. El puto Tanner Mirabel.

El hombre estaba apoyado en un pórtico a la sombra, como si no tuviera nada mejor que hacer que observar el arrastrado paso de los insectos. Solo había tratado con él por teléfono o por vídeo (intentando que la conversación fuera lo más breve posible), así que me esperaba a alguien mucho más alto y mucho menos parecido a una rata. Llevaba un abrigo tan pesado como el mío, pero el suyo parecía siempre a punto de caérsele de los hombros. El tipo tenía dientes ocre afilados en punta, una cara puntiaguda llena de barba incipiente e irregular y pelo largo y negro, peinado hacia atrás desde una frente minimalista. La mano izquierda sostenía un cigarrillo que se llevaba periódicamente a los labios, mientras que la otra mano (la derecha) desaparecía en el bolsillo lateral de su abrigo y no parecía tener intención de salir.

—Vásquez —dije sin delatar sorpresa porque nos hubiera seguido la pista a Dieterling y a mí—. Supongo que tendrás a nuestro hombre vigilado.

—Eh, relájate, Mirabel. Ese tío no mea sin que yo me entere.

—¿Todavía está arreglando sus asuntos?

—Sí. Ya sabes cómo son estos niños ricos. Tienen que ocuparse de sus negocios, amigo. Si fuera yo, ya estaría subiendo ese puente a toda hostia. —Apuntó a Dieterling con el cigarrillo—. El tipo de las serpientes, ¿no?

Dieterling se encogió de hombros.

—Si tú lo dices.

—Esa mierda sí que mola; cazar serpientes. —Con la mano del cigarrillo hizo el gesto de apuntar y disparar una pistola, sin duda abriéndole un agujero a una cobra real imaginaria—. ¿Crees que podrías hacerme un hueco en tu próxima expedición de caza?

—No lo sé —dijo Dieterling—. No solemos usar cebos vivos. Pero hablaré con el jefe y veremos lo que se puede hacer.

Vásquez Mano Roja sonrió enseñándonos sus dientes puntiagudos.

—Un tipo gracioso. Me gustas, Serpiente. Pero la verdad es que trabajas para Cahuella, así que tienes que gustarme. Por cierto, ¿cómo está? He oído que a Cahuella le fue tan mal como a ti, Mirabel. De hecho, estoy oyendo algunos rumores maliciosos que dicen que no sobrevivió.

La muerte de Cahuella no era algo que quisiéramos anunciar en aquellos momentos; no hasta que hubiéramos meditado un poco sobre sus ramificaciones... pero estaba claro que las noticias habían llegado a Nueva Valparaíso antes que nosotros.

—Hice todo lo que pude por él —dije.

Vásquez asintió lenta y sabiamente, como si acabara de confirmar alguna de sus creencias sagradas.

—Sí, eso había oído. —Me puso la mano izquierda en el hombro intentando mantener el cigarrillo apartado de la tela color perla de mi abrigo—. Oí que habías atravesado medio planeta en coche con una pierna amputada solo para poder llevar a casa a Cahuella y a su zorra. Eres un puto héroe, tío, incluso para ser un ojo blanco. Puedes contármelo todo delante de unos cuantos pisco sours, y Serpiente puede apuntarme a su próxima excursión. ¿Verdad, Serpiente?

Seguimos andando en la dirección aproximada del puente.

—No creo que tengamos tiempo para eso —dije—. Para las bebidas, quiero decir.

—Como te dije antes, relájate. —Vásquez caminaba delante de nosotros, todavía con una mano en el bolsillo—. No os entiendo, tíos. Solo hace falta que digáis una palabra para que Reivich deje de ser un problema y se convierta en una mancha en el suelo. La oferta sigue en pie, Mirabel.

—Tengo que matarlo yo mismo, Vásquez.

—Ya, eso había oído. Como una especie de *vendetta*. Tenías un lío con la zorra de Cahuella, ¿verdad?

—La sutileza no es tu fuerte, ¿no, Roja?

Vi cómo Dieterling se sobresaltaba. Anduvimos en silencio unos pasos más antes de que Vásquez se detuviera y se volviera para mirarme a la cara.

—¿Qué has dicho?

—He oído que te llaman Vásquez Mano Roja a tus espaldas.

—¿Y qué coño te importa a ti si lo hacen?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Por otro lado, ¿qué coño te importa a ti lo que pasaba entre Gitta y yo?

—Vale, Mirabel —le dio una calada más larga de lo habitual al cigarrillo—. Creo que nos comprendemos. Hay cosas que no me gusta que me pregunten y hay cosas que no te gusta que te pregunten. Quizá te estuvieras tirando a Gitta, no lo sé, amigo —observó cómo me picaba—. Pero, como dices, no es asunto mío. No volveré a preguntarlo. Ni siquiera volveré a pensar en ello. Pero hazme un favor, ¿quieres? No me llames Mano Roja. He oído que Reivich te hizo algo muy malo en la jungla. He oído que no fue nada divertido y que casi te mueres. Pero tienes que tener clara una cosa, ¿vale? Aquí os superamos en número. Mi gente te observa en todo momento. Eso significa que no te conviene cabrearme. Y si me cabreas, puedo hacer que te llueva encima tanta mierda que lo de Reivich te parezca un puto picnic de colegiales.

—Creo —dijo Dieterling— que deberíamos aceptar la palabra del caballero. ¿Verdad, Tanner?

—Digamos que los dos hemos tocado nervio —dije tras un largo y tenso silencio.

—Sí —dijo Vásquez—. Eso me gusta. Mirabel y yo somos tipos de gatillo fácil y tenemos que respetar la sensibilidad del otro. Genial. Así que vamos a bebernos unos pisco sours mientras esperamos a que Reivich dé el siguiente paso.

—No quiero alejarme demasiado del puente.

—Eso no será un problema.

Vásquez nos abrió paso a empujones entre los caminantes de la noche con indolente facilidad. Del piso más bajo de uno de los edificios-contenedores surgía música de acordeón lenta y majestuosa como una endecha. Había parejas paseando, la mayoría de ellos residentes, no aristócratas, pero vestidos tan bien como les permitían sus recursos: personas con buen aspecto que se sentían realmente cómodas y sonreían mientras buscaban un lugar donde cenar o jugar o escuchar música. La guerra, probablemente, hubiera tocado sus vidas de alguna forma tangible; puede que hubieran perdido amigos o gente querida, pero Nueva Valparaíso estaba lo bastante lejos de los diferentes frentes como para que la guerra no dominara sus pensamientos. Era difícil no envidiarlos; difícil no desear que Dieterling y yo pudiéramos entrar en un bar y beber hasta olvidarlo todo; olvidar la pistola de cuerda; olvidar a Reivich; olvidar la razón por la que había ido al puente.

Claro está que había otra gente fuera aquella noche. Había soldados de permiso, vestidos de civiles pero reconocibles al instante, con su agresivo corte de pelo al rape, los músculos aumentados galvánicamente, camaleónicos tatuajes de camuflaje en los brazos y la manera extrañamente asimétrica en la que se les bronceaba la cara, con un parche de piel pálida alrededor del ojo que utilizaban para apuntar al blanco a través del monóculo montado en su casco. Había soldados de todos los bandos del conflicto mezclándose más o menos libremente, mientras la milicia de la ZDM los vigilaba para evitar que causaran problemas. La milicia era la única agencia que tenía permiso para llevar armas dentro de la Zona Desmilitarizada y sostenían sus armas con guantes blancos almidonados. No tocarían a Vásquez; incluso en el caso de que no fuéramos con él, tampoco nos hubieran molestado a Dieterling y a mí. Puede que parecíamos gorilas con el traje de los domingos, pero era difícil confundirnos con soldados en activo. En primer lugar, los dos parecíamos demasiado viejos; ambos rayábamos la mediana edad. En Borde del Firmamento aquello significaba prácticamente lo mismo que durante la mayor parte de la historia humana: de cuarenta a sesenta años.

No mucho para ser media vida humana.

Tanto Dieterling como yo nos manteníamos en forma, pero no hasta el punto de parecer soldados en activo. Lo cierto es que la musculatura de los soldados nunca había parecido del todo humana, pero se había vuelto todavía más extrema desde que yo dejara de ser ojo blanco. En los viejos tiempos tenías la excusa de necesitar aumentar los músculos para poder transportar las armas. El equipo había mejorado desde entonces, pero los soldados que paseaban por la calle aquella noche tenían cuerpos que parecían haber sido esbozados por un caricaturista aficionado a la exageración absurda. En el campo de batalla el efecto se vería aumentado por las armas ligeras que estaban tan de moda: tanto músculo para llevar pistolas que podría sostener un niño.

—Aquí dentro —dijo Vásquez.

Su local era una de las estructuras que ulceraban la base del puente en sí. Nos condujo a un callejón corto y oscuro, para después pasar a través de una puerta sin cartel flanqueada por hologramas de serpientes. La habitación al otro lado era una cocina de escala industrial llena de nubes de vapor. Entrecerré los ojos y me limpié el sudor de la cara, mientras me agachaba para pasar bajo una exposición de utensilios de cocina de aspecto malvado. Me pregunté si Vásquez los habría empleado alguna vez para actividades extra-culinarias.

Susurré al oído de Dieterling:

—Por cierto, ¿por qué le molesta tanto que lo llamen Mano Roja?

—Es una larga historia —dijo Dieterling— y no es solo la mano.

De vez en cuando surgía del vapor un cocinero descamisado absorto en alguna tarea, con la cara medio oculta por una mascarilla de respiración de plástico. Vásquez habló con dos de ellos mientras Dieterling cogía algo de una sartén (metiendo los dedos ágilmente en el agua hirviendo) y lo mordisqueaba experimentalmente.

—Este es Tanner Mirabel, un amigo mío —le dijo Vásquez al cocinero mayor—. El tipo solía ser un ojo blanco, así que no te metas con él. Estaremos por aquí un rato. Tráenos algo para beber. Pisco sours. Mirabel, ¿tienes hambre?

—La verdad es que no. Y creo que Miguel ya se sirve solo.

—Bien. Pero creo que la rata está un poco pasada esta noche, Serpiente.

Dieterling se encogió de hombros.

—He probado cosas peores, créeme. —Se metió otro roedor en la boca—. Mmm. En realidad es una rata bastante buena. *Norvegicus*, ¿verdad?

Vásquez nos llevó más allá de la cocina, hasta un salón de juego vacío. Al principio pensé que teníamos el local para nosotros solos. La habitación tenía una iluminación discreta y estaba revestida suntuosamente de terciopelo verde, con pipas de agua burbujeante situadas en estratégicos pedestales. Las paredes estaban cubiertas de dibujos realizados en diferentes tonalidades de marrón... pero cuando me acerqué más descubrí que no eran dibujos, sino imágenes creadas uniendo pequeñas piezas de madera, cuidadosamente cortadas y pegadas. Algunas de las piezas tenían el leve brillo que las identificaba como parte de la corteza de un árbol de cobra real. Todas las imágenes tenían la misma temática: escenas de la vida de Sky Haussmann. Se veían las cinco naves de la Flotilla*(*N. de la T.: en castellano en el original) cruzando el espacio desde el sistema de la Tierra al nuestro. Se veía a Titus Haussmann, con una antorcha en la mano, tras encontrar a su hijo solo en la oscuridad tras el gran apagón. Se veía a Sky visitando a su padre en la enfermería a bordo de la nave antes de que Titus muriera por las heridas sufridas al defender el *Santiago* frente al saboteador. Allí también se veía, representado con exquisito detalle, el crimen y la gloria de Sky Haussmann; lo que había hecho para asegurarse de que el *Santiago* llegara al nuevo mundo antes que las otras naves de la Flotilla: los módulos de los durmientes caían como semillas de diente de león. Y, en la última imagen del grupo, se podía ver el castigo que la gente le había impuesto a Sky: la crucifixión.

Recordé vagamente que aquello había ocurrido cerca de donde estábamos.

Pero la habitación era mucho más que un simple altar a Haussmann. Las alcobas repartidas por el perímetro de la sala contenían máquinas de apuestas convencio-

nales y media docena de mesas en las que, obviamente, la gente jugaría más tarde, aunque no hubiera nadie en aquellos momentos. Solo podía oír a las ratas corriendo por algún lugar entre las sombras.

Pero el mueble central de la habitación era una cúpula hemisférica, de un negro perfecto y al menos cinco metros de ancho, rodeada de sillas acolchadas montadas sobre complicados plintos telescópicos elevados a tres metros del suelo. Cada silla tenía un brazo con controles de juego integrados, mientras que el otro mostraba una batería de dispositivos intravenosos. Aproximadamente la mitad de las mesas estaban ocupadas, pero por figuras de aspecto tan inmóvil y mortecino que ni siquiera me había percatado de su presencia al entrar en la sala. Todas mostraban el inconfundible barniz aristocrático: un aura de riqueza e inmunidad.

—¿Qué ha pasado? —dije—. ¿Se te olvidó echarlos antes de cerrar esta mañana?

—No. Son casi parte de la decoración, Mirabel. Participan en un juego que dura meses; apuestan sobre los resultados a largo plazo de las campañas por tierra. Ahora está más tranquilo por culpa de las lluvias. Casi como si no hubiera ninguna guerra. Pero deberías verlo cuando la mierda vuela por todas partes.

Había algo en aquel lugar que no me gustaba nada. No era solo la exposición sobre la historia de Sky Haussmann, aunque aquello era gran parte del problema.

—Quizá deberíamos ponernos en movimiento, Vásquez.

—¿Y perder vuestras bebidas?

Antes de decidir mi respuesta, llegó el cocinero mayor todavía respirando ruidosamente a través de la mascarilla de plástico. Empujaba un carrito cargado de bebidas. Me encogí de hombros y cogí un pisco sour; después hice un gesto con la cabeza hacia la decoración.

—Sky Haussmann es importante por aquí, ¿no?

—Más de lo que crees, amigo.

Vásquez hizo algo y el hemisferio cobró vida; de repente ya no era oscuro, sino que mostraba una vista infinitamente detallada de la mitad de Borde del Firmamento, con un borde negro que se elevaba desde el suelo como la membrana nictitante de un lagarto. Nueva Valparaíso era un destello de luces en la línea costera occidental de la Península, visible a través de una grieta entre las nubes.

—¿Sí?

—La gente de por aquí puede ser bastante religiosa, ¿sabes? Puedes ofender las creencias de alguien si no te andas con cuidado. Tienes que mostrar respeto, amigo.

—He oído que basaron una religión en Haussmann. Hasta ahí llegan mis conocimientos. —De nuevo, señalé la decoración con la cabeza y por primera vez descubrí algo que parecía el cráneo de un delfín clavado a la pared, con bultos y crestas extrañas—. ¿Qué pasó? ¿Le compraste este lugar a uno de los locos de Haussmann?

—No, no exactamente.

Dieterling tosió. Lo ignoré.

—Entonces, ¿qué? ¿Te crees ese tinglado?

Vásquez apagó el cigarrillo y se pellizcó el puente de la nariz mientras arrugaba la poca frente que tenía.

—¿Qué está pasando aquí, Mirabel? ¿Intentas darme cuerda o es que eres un chupapollas ignorante?

—No lo sé. Solo intentaba iniciar una conversación amable.

—Sí, claro. Y solo fue casualidad que me llamasas Roja antes; como si se te escapara.

—Pensaba que habíamos superado esa fase —sorbí mi pisco—. No intentaba irritarte, Vásquez. Pero me parece que eres un tipo más quisquilloso de lo normal.

Hizo algo. Fue un gesto mínimo con una mano, como si chasqueara los dedos.

Lo que ocurrió después fue demasiado rápido para que nuestros ojos lo registraran; una mancha borrosa subliminal de metal y la caricia de la brisa provocada por corrientes de aire moviéndose por la habitación. Extrapolando los hechos hacia atrás, concluí que una docena o más de huecos dispersos por la sala debían de haberse abierto desliziándose o a modo de iris (en las paredes, en el suelo y en el techo, posiblemente) para liberar máquinas.

Eran zánganos centinelas automatizados, esferas negras que flotaban en el aire y se abrían por el ecuador para revelar tres o cuatro cañones de pistola cada una, que nos apuntaron de inmediato a Dieterling y a mí. Los zánganos orbitaban lentamente a nuestro alrededor zumbando como avispas y erizados de agresividad.

Ninguno de nosotros respiró durante unos largos instantes, pero fue Dieterling quien finalmente decidió hablar.

—Supongo que ya estaríamos muertos si estuvieras realmente cabreado, Vásquez.

—Llevas razón, pero es una línea muy delgada, Serpiente —levantó la voz—. Modo seguro encendido. —Después hizo el mismo gesto de chasquear los dedos que la vez anterior—. ¿Ves esto, amigo? Te parece lo mismo que antes, ¿no? Pero a la habitación no. Si no hubiera apagado el sistema, lo habría interpretado como una orden de ejecutar a todos menos a mí y a esos culos gordos de los asientos de juego.

—Me alegro de que lo tengas bien practicado —dije.

—Sí, riete, Mirabel —hizo aquel gesto de nuevo—. Esto también te ha parecido lo mismo, ¿verdad? Pues no era tampoco la misma orden. Esta habría hecho que los zánganos te volaran los brazos, uno a uno. La habitación está programada para reconocer al menos doce gestos más... y créeme, después de experimentar con algunos de ellos la cuenta de la limpieza se sube por las nubes —se encogió de hombros—. ¿He dejada clara mi postura?

—Creo que hemos pillado el mensaje.

—Vale. Modo seguro apagado. Centinelas, retiraos. —La misma mancha borrosa; la misma brisa. Era como si las máquinas se hubieran desvanecido de la existencia—. ¿Impresionado? —me preguntó Vásquez.

—La verdad es que no —dije, mientras sentía las gotas de sudor que me cruzaban la frente—. Con la configuración de seguridad adecuada, ya habrías localizado a cualquiera que hubiese llegado hasta aquí. Pero supongo que así rompes el hielo en las fiestas.

—Sí, sirve bien para eso —Vásquez me miró divertido, evidentemente satisfecho de lograr el efecto deseado.

—Lo que también hace que me pregunte por qué eres tan quisquilloso.

—Si estuvieras en mi pellejo, serías mucho más que quisquilloso, joder. —Y entonces hizo algo que me sorprendió, sacó la mano del bolsillo lo bastante

lentamente como para que tuviera tiempo de ver que no llevaba arma alguna—. ¿Ves esto, Mirabel?

No sé qué estaría yo esperando, pero aquel puño cerrado que me mostró parecía bastante normal. No tenía nada deforme ni poco habitual. Ni, de hecho, nada particularmente rojo.

—Parece una mano, Vásquez.

Cerró el puño con más fuerza aún y entonces ocurrió algo extraño. La mano empezó a gotear sangre; primero lentamente, pero fue aumentando hasta convertirse en un flujo abundante. La observé salpicar el suelo, escarlata sobre verde.

—Por eso me llaman así. Porque mi mano derecha sangra. Original que te cagas, ¿eh?. —Abrió el puño y dejó al descubierto la sangre que brotaba de un pequeño agujero cerca del centro de la palma—. Eso es todo. Es un estigma; como la marca de Cristo. —Metió la mano buena en el otro bolsillo y sacó un pañuelo, hizo una pelota con él y lo presionó contra la herida para contener el flujo—. A veces casi puedo controlarlo a voluntad.

—Los seguidores del culto a Haussmann te pillaron, ¿no? —dijo Dieterling—. También crucificaron a Sky. Le clavaron la mano derecha.

—No lo entiendo —dije yo.

—¿Se lo cuento?

—Por favor, Serpiente. Está claro que este hombre necesita educación.

Dieterling se volvió hacia mí.

—Los seguidores de Haussmann se han dividido en varias sectas a lo largo del último siglo o así. Algunos de ellos sacaron sus ideas de los monjes penitentes e intentan infligirse parte del dolor que debió sufrir Sky. Se encierran en la oscuridad hasta que el aislamiento los vuelve prácticamente locos o hace que tengan visiones. Algunos se cortan el brazo izquierdo; algunos llegan a crucificarse. A veces mueren en el intento. —Hizo una pausa y miró a Vásquez como si le pidiera permiso para continuar—. Pero hay una secta aún más extremista que hace todo eso y más. Y no se detienen ahí. Dan a conocer el mensaje, no de palabra, ni por escrito, sino mediante un virus adoctrinador.

—Sigue —dije.

—Debió de fabricárselo alguien; probablemente los Ultras o quizá uno de ellos le hiciera una visita a los Malabaristas y ellos jugaron con su neuroquímica. Qué más da. El caso es que el virus es contagioso, se transmite por el aire e infecta a casi todo el mundo.

—¿Y los convierte en seguidores?

—No —Vásquez retomó la conversación. Había encontrado un cigarrillo nuevo—. Te jode, pero no te convierte en uno de ellos, ¿lo pillas? Tienes las visiones y los sueños y a veces sientes la necesidad... —se detuvo y señaló con la cabeza al delfín clavado en la pared—. ¿Ves el cráneo de ese pez? Me costó un brazo y una pierna, coño. Solía pertenecer a Sleek; uno de los que había en la nave. Tener esa mierda alrededor me consuela; hace que deje de temblar. Pero ahí queda la cosa.

—¿Y la mano?

—Algunos de los virus provocan cambios físicos —dijo Vásquez—. En cierto modo, tuve suerte. Hay uno que te deja ciego; otro que hace que te dé miedo la oscuridad; otro que te marchita el brazo izquierdo hasta que se te cae. Un poco de

sangre de vez en cuando no me importa, ¿sabes? Al principio, antes de que la mayoría conociera el virus, era guay. Podía asustar a la gente. Entraba en una negociación y me ponía a sangrar sobre el otro tío. Pero entonces se empezó a descubrir lo que significaba; que me habían infectado los seguidores.

—Y empezaron a preguntarse si eras tan perspicaz como habían oído —dijo Dieterling.

—Ya. Sí. —Vásquez lo miró con suspicacia—. Lleva tiempo ganarse una reputación como la mía.

—No lo dudo —dijo Dieterling.

—Sí. Y una cosa como ésta puede dañarla, tío.

—¿Se puede expulsar el virus? —dije antes de que Dieterling tentara demasiado a la suerte.

—Sí, Mirabel. En órbita tienen mierda que puede hacerlo. Pero la órbita no está en mi lista de lugares seguros para hacer turismo, ¿sabes?

—Así que vives con ello. Ya no será tan infeccioso, ¿no?

—No, estás a salvo. Todos están a salvo. Ya casi no soy infeccioso. —Se estaba calmando un poco con el cigarrillo. La sangre había dejado de correr y pudo meterse de nuevo la mano herida en el bolsillo. Le dio un trago al pisco sour—. A veces desearía que siguiera siendo infeccioso o haber guardado parte de mi sangre de los tiempos en que fui infectado. Hubiera sido un bonito regalo de despedida, una pequeña inyección de eso en las venas de alguien.

—Solo que estarías haciendo lo que los seguidores de Haussmann querían —dijo Dieterling—. Extender su credo.

—Ya, cuando lo que debería hacer es extender el credo de que si alguna vez pillo a alguno de los cabrones que me hicieron esto... —se quedó a la mitad, distraído por algo. Tenía la mirada fija en el aire, como si sufriera un ataque de parálisis facial; después habló—. No. De ningún modo, tío. No me lo creo.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

La voz de Vásquez se hizo subvocal, aunque podía ver la forma en que los músculos del cuello se le seguían moviendo. Debía estar conectado para comunicarse con uno de sus hombres.

—Es Reivich —dijo finalmente.

—¿Qué pasa con él? —le pregunté.

—El muy cabrón me ha tomado el pelo.